

DUELO AL SOL

–¡Arriba las manos!

Pablo giró y se encontró con un niño vestido de *cowboy*. Tenía un sombrero rojo de alas anchas y lo apuntaba con dos revólveres de juguete que había desenfundado de las cartucheras del cinturón.

–¡Arriba las manos, he dicho! –insistió el niño frunciendo el ceño y tratando de adoptar una actitud fiera.

Pablo no tenía ánimos para bromear pero acabó levantando las manos con la esperanza de que el niño se fuera pronto.

–¿Qué pasa? –dijo.

–Estás en mi banca –dijo el niño.

–¿Tu banca?

–Sí, mi banca.

–Hay muchas otras bancas libres –dijo Pablo, demasiado cansado como para ahuyentar al niño con un par de frases en tono severo—. Mira a tu alrededor...

En efecto, las bancas del malecón estaban vacías, excepto por un vendedor de helados que se hallaba en el otro extremo de la playa. Todavía no empezaba la temporada aunque ya había buenos días de sol y el mar parecía limpio y el oleaje no era demasiado fuerte.

–Sí, pero esta es mi banca –insistió el niño.

Qué muchachito tan terco, pensó él. Habitualmente tenía paciencia con los niños pero ahora se sentía fastidiado. Sin embargo, decidió seguirle la corriente.

–No sabía que era tu banca –dijo—. ¿Qué debo hacer para quedarme aquí un rato más?

El niño lo pensó unos segundos.

–Tendrás que darme el oro –dijo finalmente.

–¿El oro?

–Sí; si no, voy a disparar.

–Ah, conque esto es un asalto...

El niño asintió.

–Está bien, te daré el oro. ¿Puedo bajar las manos?

–No. ¿Para qué?

–Para sacar el oro, pues...

–Bueno, solo un momento. Si no, disparo.

Pablo buscó unas monedas en sus bolsillos.

–¿Qué vas a hacer con el oro?

–No sé –dijo el niño aunque luego añadió–: Voy a comprar un helado.

Pablo le extendió las monedas y el niño reparó en la venda que le cubría la muñeca.

–¿Qué te pasó ahí? –le señaló con un dedo.

Pablo pensó antes de responder.

–Me hirieron los indios la semana pasada –dijo mientras tiraba de la manga de su camisa y agregó–: Asaltaron la caravana.

–¿Mataron a todos?

–Sí. Yo tuve suerte, mucha suerte. Me salvé por un pelo.

–¿Te duele?

–Un poco.

–Yo me hice una herida el otro día. ¿Quieres verla?

El niño se remangó el pantalón y le mostró su rodilla.

–¿Ves?

–Sí y parece que todavía está abierta.

El niño se encogió de hombros.

–Me gusta sacarme la costra...

–Ah... Y, ¿cómo te la hiciste?

–Me rodé las escaleras.

–Ajá. Yo creía que el sheriff te había disparado...

El niño dudó y luego reaccionó, asintiendo vivamente.

–Sí, sí. El sheriff me disparó y me hizo caer por las escaleras.

–Debió ser muy grave entonces. ¿Lloraste?

–Mi papá dice que los hombres no lloran.

–A veces sí lloran –le dijo él. Te lo aseguro. ¿Lloraste un poquito?

–Muy poquito –dijo el niño y apretó los labios–. Me ardía mucho.

¡Huy! ¡Ahí viene mi abuela!

El niño se alejó corriendo por el malecón.

–¡Luchito! ¡Luchito, ven acá! –gritó una señora mientras se aproximaba a la banca.

Era una mujer entrada en años aunque lucía muy bien para su edad. Tenía los pómulos altos y brillantes y una mirada vivaz que parecía iluminarse aún más con el sol de la tarde.

–Disculpe si mi nieto lo ha estado molestando, señor –le dijo–. Es muy travieso.

–Yo diría que más bien es imaginativo –observó Pablo–. Y tiene mucha energía...

–Demasiada, creo.

–Supongo que eso es bueno para los niños.

–¿Usted era así de niño?

–No exactamente, aunque me hubiera gustado tener ese ímpetu.

–Pues a mi nieto prácticamente hay que encerrarlo cada día. Es una bala perdida. Me gustaría que se sosiegue un poco. ¿Le molestaría que me sienta un momento? No deseo importunarlo...

–Ya sé que no soy el dueño de la banca. Siéntese, por favor. Además, estaba por irme.

–No se vaya todavía –lo retuvo ella–. Un poco de conversación no hace daño. Perdón, no nos hemos presentado...

Ella le dijo su nombre y Pablo le estrechó la mano y le dijo el suyo.

–Yo doy un paseo todas las tardes –continuó la señora– y me siento aquí a ver el crepúsculo. Estamos acá desde hace una semana. Yo me adelanté con el niño porque prefiero la playa sin mucha gente. Mi hijo y su esposa vendrán cuando empiece la temporada. ¿Y usted cuándo llegó?

–Hace tres días.

–Qué raro. No lo había visto. Conozco a casi todas las familias que viven en el balneario.

–La verdad es que recién he salido hoy a dar una vuelta. Unos amigos me prestaron su casa por unos días.

–¿Y qué hacía metido adentro con este clima tan maravilloso? Perdón, no quería ser impertinente –añadió al ver la cara de desconcierto que puso él.

–No tenía muchas ganas de salir –dijo Pablo y miró hacia el suelo.

Ella se puso de pie y extendió los brazos hacia el mar.

–Pero, fíjese, no me diga que esta playa no es estupenda... ¿Cómo no va a tener ganas? Le juro que si el clima no fuera tan húmedo yo viviría aquí todo el año. Adoro estar junto al mar. No hay nada más excitante y a la vez tranquilizador que el mar. Por la noche también es muy agradable. El arrullo del mar es el mejor sedante para dormir, ¿no le parece?

Pablo guardó silencio.

–El sol está maravilloso –prosiguió ella volviendo a sentarse–. Me encanta este balneario fuera de temporada. Luego, cuando comienza el verano, se llena de gente, de ambulantes, de bulla. Es un horror... Me gusta mucho más así, cuando todo está limpio y tranquilo y resplandeciente. Ojalá la vida fuera un eterno verano.

Pablo no dijo nada y desvió la vista hacia la playa.

–Ya sé que no lo es –se apuró a decir ella–. No, qué va. En este país la vida es gris la mayor parte del tiempo. Los meses con sol son tan escasos. No hay que desperdiciarlos. Usted es joven y buen mozo. Si me permite que le diga, se lo ve un poco pálido. Debería tomar un poco de sol. Hágame caso. No crea en esas mentiras de los médicos de hoy que dicen que el sol hace daño. Basta con que se proteja la piel con alguna pomada. Además, no hay nada como el sol para alegrar el espíritu.

–Le creo –dijo él y sonrió levemente.

Ella hizo un movimiento negativo con la cabeza.

–Disculpe que insista, pero no me da esa impresión. ¡Mire, allá! ¿Ve ese velero?

Pablo siguió la dirección de su mirada y divisó un velero de dos palos que avanzaba mar adentro.

–¡Mire! –exclamó ella–. ¿No son delfines? ¡Ahí, al lado del velero! ¿Los ve? Sí, son delfines. ¡Qué hermoso! Los delfines acompañan al velero...

Pablo se acordó de una pareja de amigos que vivían junto al mar y que siempre veían pasar una manada de delfines delante de su casa cuando tornaban el desayuno.

–Cuando era más joven –dijo– lo único con que soñaba era en dar la vuelta al mundo en un velero.

–Pues si yo fuera usted todavía lo intentaría. Yo sí he estado a bordo de un velero. Claro, no fue una travesía tan larga, pero de todas maneras resultó una experiencia inolvidable.

–¿Y a usted no le gustaría?

–¿Qué cosa?

–Dar la vuelta al mundo...

–Ya estoy un poco mayorcita para esos trotes, ¿no? No quisiera ser un lastre. Más bien lo que quiero hacer ahora es dar un paseo en globo.

–¿En globo? –se sorprendió él.

–Sí. Uno de estos días voy a subir en un globo y dejar que el viento me arrastre por el cielo.

–Caramba, usted sí que tiene espíritu de aventura.

–Bueno, si uno no corre riesgos en la vida, para qué se vive.

–Por lo que veo, debe haber tenido una vida muy intensa.

Ella sonrió y entornó los ojos.

–No tanto como hubiera deseado –dijo–, pero podría decir que casi siempre he hecho lo que me proponía. De no haber nacido mujer, tal vez habría hecho más cosas. Mi padre nunca comprendió mis ansias de aventura. Y para qué ocultárselo: mi marido tampoco. Debo haber sido un dolor de cabeza para él. Pobre, se murió hace dos años.

–¿Qué le sucedió?

–Un infarto. Exceso de trabajo. Solo vivía para trabajar. De su casa al trabajo y del trabajo a su casa. Esa no es vida. El problema era que no sabía divertirse. Era un buen hombre pero demasiado apegado a las reglas. Yo creo que de vez en cuando hay que dejarse llevar por el azar. Usted sabe, a menudo uno hace planes y sin embargo la vida toma otros rumbos. Uno siempre debería estar abierto a esos rumbos imprevistos... Ahí está la gracia de la vida.

–Parece tan sencillo tal como lo pone usted...

–¡Claro que no! Ojalá lo fuera. Fíjese, la vida es como un animal salvaje que uno cree haber domesticado. En apariencia está bajo control y,

de repente, en el momento menos pensado, la bestia nos lanza un zarpazo. Y a veces un zarpazo mortal. Así es y así ha sido siempre. El asunto está en sacarle partido a los buenos momentos, que ciertamente son pocos.

–Me gustaría pensar como usted.

–Haga un esfuerzo. ¿Puedo preguntarle a qué se dedica usted?

–Escribo.

–¿Cómo?

–Soy escritor.

–¡Ah, escritor! Qué bonito oficio... Y qué triste también.

–¿Por qué lo dice?

–Los escritores son unos soñadores. Es bueno soñar, pero no tanto.

Los escritores suelen vivir de sueños y con frecuencia eso los arruina. Hay que tener los pies bien firmes sobre la tierra. Y, ¿qué es lo que escribe usted?

–Cuentos, novelas...

–Antes me gustaba mucho leer; ahora prefiero vivir.

–Leer puede ser una forma de vivir...

–No es lo mismo. Una cosa es la fantasía y otra la realidad. No se puede vivir de ilusiones... Ese es el drama de los escritores.

–Debo reconocer que es usted una persona muy práctica, señora.

–Sin ninguna duda. Vea usted, antes me habló de su sueño de dar la vuelta al mundo en un velero. Si fuera mi caso lo más probable es que lo habría hecho realidad mientras que usted se conforma con imaginarlo en un papel. Esa es la diferencia. La vida hay que vivirla. Escriba menos y viva más...

–Le agradezco el consejo.

–¿Sabe qué? Tengo algún tiempo más de recorrido por este mundo que usted. No pretendo saberlo todo, pero algo he aprendido. Permítame otro consejo más. No es bueno estar encerrado, mirando cuatro paredes e imaginándose cosas. Perjudica la salud. Salga a tomar sol y contemple el mar. Contemple el mar todos los días, todo el tiempo que sea posible. Déjese llevar por él, por sus reflejos, por su cadencia, por su olor. Mire las olas que vienen y van. Mírelas una y otra vez y deje que su ritmo lo envuelva. Se va a relajar y va a entrar en una especie en trance. No piense en nada. Abandónese a la maravilla. Vea cómo revientan las olas, se desmoronan en espuma y se acaban en la orilla y vea cómo se forman y crecen y vuelven a nacer mar adentro. Es lo mejor para levantar el ánimo y sentirse con ganas de levantarse cada día. El mar, acuérdesese, el mar siempre puede cambiar una vida.

Pablo la miró sin poder disimular su sorpresa.

–Algún día escribiré sobre usted –le dijo.

La señora sonrió.

–Usted no tiene remedio. Ya sé que soy una vieja impertinente, pero le ruego que si escribe sobre mí no me deje tan mal parada.

–Le prometo que no. Es más, me gusta lo que ha dicho, aun cuando no esté completamente de acuerdo con usted. En todo caso, trataré de seguir su consejo y de mirar el mar siempre que pueda.

–No se arrepentirá.

–Estoy seguro de que no.

–Mire, ya comienza el crepúsculo...

El cielo estaba despejado y el sol era una bola de fuego que se columpiaba sobre la línea del horizonte. Pablo se sentía un tanto alelado. Era una mezcla de lasitud y levedad; una sensación parecida a la que se experimenta cuando te recortan el cabello y se escucha el sisear de las tijeras y un cosquilleo asciende por tu columna vertebral y el paso del tiempo parece haberse suspendido.

–¡Arriba las manos! –irrumpió la voz del niño.

–¿Dónde te habías metido, Luchito? –dijo la señora.

–Me fui a tomar un helado.

–¿Y se puede saber con qué plata?

El niño hizo una mueca.

–No se te habrá ocurrido pedirle dinero al señor, muchachito malcriado...

–No, no –meneó la cabeza–. Asalté la diligencia, abuela.

–Qué tonterías dices, Luchito...

–Yo le invité un helado –intervino Pablo–. El niño no me pidió nada; fue idea mía.

–Es verdad, abuela –dijo el niño poniendo cara de inocente.

–Más te vale que sea así. Agradécele al señor y despídete que ya tenemos que irnos.

–Está bien pero antes quiero que hagamos un duelo.

–No fastidies al señor, Luchito.

–¿Quieres que hagamos un duelo? –le preguntó el niño a Pablo.

–Bueno –le dijo este, con un gesto de resignación que hizo sonreír a la señora.

–Vamos a la playa –dijo el niño–. Así el que cae muerto puede caerse bien.

–De acuerdo.

Traspusieron el muro que bordeaba el malecón y se adentraron unos pasos en la arena.

–Toma tu pistola –le dijo el niño ofreciéndole una de sus armas–. Como no tienes cartuchera pónitela en el bolsillo y la sacas cuando contemos hasta tres. El que dispara primero gana y el otro tiene que hacerse el muerto, ¿ya? Espera, estás muy cerca. Ándate un poco más allá. Ahí está bien. ¿Estás listo? Ya... Ahí va. ¡Uno! ¡Dos! Y... ¡Tres!

Pablo se demoró a propósito en sacar el arma y, cuando el niño hizo sonar el percutor de su revólver, dejó caer el suyo y se llevó ambas manos al pecho.

–¡Ayyy! –exclamó apretándose el corazón, hizo una mueca de dolor y se desplomó sobre la arena, rodando espectacularmente. Luego se quedó inmóvil, como si estuviera realmente muerto.

Permaneció tendido en la arena, con los ojos cerrados. No tenía ganas de levantarse. Se estaba bien allí, bajo el sol del atardecer, escuchando el sonido del vaivén de las olas y sintiendo el roce de la brisa sobre su piel.

–¡Lo maté, lo maté! –gritaba Luchito, mirando a su abuela con una sonrisa de oreja a oreja.

A Pablo no le importaba ya nada. Una extraña serenidad inundaba su cuerpo y se dejó arrastrar por ella.

El sol comenzó a precipitarse en el mar y las olas continuaron lamiendo la orilla, dejando estrías anaranjadas sobre la arena mojada.

En la playa, Pablo dormía. Yacía de bruces y la señora y el niño lo contemplaron en silencio antes de alejarse por el malecón.

Pablo soñaba con los delfines.